

4. Caridad, comprensión, perdón y justicia

Considera también san Josemaría que la misericordia, el perdón y la comprensión son elementos integrantes de la caridad sobrenatural. “–Me pondría de rodillas, sin hacer comedia –me lo grita el corazón–, para pedir os por amor de Dios que os queráis, que os ayudéis, que os deis la mano, que os sepáis perdonar” (F, 454). Enseña que la misericordia es más que mera compasión. “La misericordia se identifica con la superabundancia de la caridad que, al mismo tiempo, trae consigo la superabundancia de la justicia. Misericordia significa mantener el corazón en carne viva, humana y divinamente transido por un amor recio, sacrificado, generoso” (AD, 232). La capacidad de perdonar nace también como un momento interno a la propia caridad. “Decía –sin humildad de garabato– aquel amigo nuestro: «no he necesitado aprender a perdonar, porque el Señor me ha enseñado a querer»” (S, 804). San Josemaría ve en la comprensión una de las primeras manifestaciones de la caridad. “Más que en «dar», la caridad está en «comprender»” (C, 463). Afirma que la forma mejor de tratar al prójimo es “la de comprender a todos, convivir con todos, disculpar a todos; no crear divisiones ni barreras; comportarse –¡siempre!– como instrumentos de unidad” (AD, 233). A la vez, san Josemaría aclara que la comprensión no significa abstencionismo, ni indiferencia, sino actividad (cfr. F, 282; S, 864), porque conduce también a actuar para el auténtico bien de todos (cfr. S, 803). Hay que tratar con afecto al que yerra, pero sabiendo defender la verdad y la fe (cfr. F, 863), porque la verdad salva, y defenderla es también un reflejo del amor de Dios (cfr. S, 764).

En resumen, la doctrina sobre la caridad presenta en san Josemaría, por así decir, un carácter *sinfónico*, que integra en una visión unitaria la pluriforme realidad del amor humano con el amor que Cristo nos ha manifestado y la vocación a identificarse con Él.

Voces relacionadas: Amor a Dios; Fraternidad; Servicio, Espíritu de.

Bibliografía: AD, 222-237; C, 440-469; Salvador BERNAL, “Un gran amigo”, *Nuestro Tiempo*, 570 (2002), pp. 30-33; Carlos CARDONA, “Camino, una lección de amor”, en José MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 173-179; Javier ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Madrid, Planeta, 2001; Id., “Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar”, en Aa.Vv., *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, EUNSA, 1994, pp. 243-261; Javier HERVADA, “El hombre y su dignidad en palabras de Mons. Escrivá de Balaguer”, *Fidelium Iura*, 2 (1992), pp. 11-26; José Luis ILLANES, “Trabajo, caridad, justicia”, *ScrTh*, 26 (1994), pp. 571-607; José Miguel PERO-SANZ, “Acogida universal”, en José MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 67-78; Álvaro DEL PORTILLO, *Renderle amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Alvaro del Portillo, pastorali, teologici, canonistici, vari*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1995; Giambattista TORELLÓ, “«Pazzo d’amore». La personalità del Beato Josemaría Escrivá”, *Studi Cattolici*, 389-390 (1993), pp. 420-428; José María YANGUAS, “Amar «con todo el corazón» (Dt 6, 5). Consideraciones sobre el amor del cristiano en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 26 (1998), pp. 144-157.

Juan Ignacio RUIZ ALDAZ

CARISMAS

1. Concepto de carisma. 2. Diversidad de carismas en la Iglesia. 3. El carisma fundacional del Opus Dei.

San Josemaría recibió de Dios un carisma específico para que hiciera nacer en la Iglesia la realidad del Opus Dei. Al servicio de ese carisma dedicó su vida.

1. Concepto de carisma

El término “carisma” viene del griego *charisma* (de *charis*: don/gracia con el sufixo *-ma* que indica en griego el efecto de

una acción). En el Nuevo Testamento es usado dieciséis veces en las cartas de san Pablo y una en la primera de san Pedro. Con esta palabra, san Pablo menciona las gracias especiales, concedidas a determinados fieles, para que contribuyan a la edificación de la Iglesia. El criterio fundamental para que los carismas sean fructíferos se encuentra en la caridad: “Si hablara..., tuviera..., conociera..., repartiera..., pero no tuviera caridad, de nada me aprovecharía” (1 Co 13, 1-3).

La teología escolástica, con santo Tomás de Aquino a la cabeza, ha distinguido la gracia *gratis data* (dada para el bien común), de la gracia *gratum faciens* (la que se da en orden a la salvación de quien la recibe). Los carismas pertenecen a las gracias *gratis datae*. En el curso de los siglos se afianzó la tendencia a considerar los carismas como “dones extraordinarios, llamativos y transitorios, recibidos principalmente por la Iglesia en sus orígenes” (cfr. ROMANO, 1992, p. 424). A partir del Concilio Vaticano I –y, sobre todo, con Pío XII–, se inició una superación gradual de esa postura reduccionista.

El Concilio Vaticano II, en virtud de una mayor atención al actuar del Espíritu Santo, realzó especialmente el papel de los carismas en la Iglesia. Enseña el Concilio que, en el diseño de salvación del Padre, la Iglesia “toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo” (AG, 2). El Paráclito, “con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cfr. Ef 4, 11-12; 1 Co 12, 4 y Ga 5, 22)” (LG, 4). El Concilio también ha reconocido que el Espíritu “reparte entre los fieles de cualquier condición incluso gracias especiales, con que dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia” (LG, 12). El párrafo dedicado a los carismas concluye diciendo que “el juicio sobre su autenticidad y sobre su aplicación pertenece a los que presiden la Iglesia, a

quienes compete sobre todo no apagar el Espíritu, sino probarlo todo y quedarse con lo bueno (cfr. 1 Ts 5, 19-21)” (LG, 12).

2. Diversidad de carismas en la Iglesia

San Pablo, a la vez que recalca la “diversidad de dones” (1 Co 12, 41), subraya que los carismas son manifestaciones particulares del mismo Espíritu Santo, que los distribuye “a cada uno según quiere” (1 Co 12, 11). Sus cartas ofrecen cuatro elencos de carismas que, sin pretender ser exhaustivos, muestran la riqueza y la variedad de la acción del Espíritu (cfr. 1 Co 12, 8-10; 1 Co 12, 28-30; Rm 12, 6-8; Ef 4, 11). El servicio al que son destinados los carismas mencionados por el Apóstol tiene por objeto realidades muy variadas: la evangelización, la enseñanza, la profecía, el gobierno, la curación, el don de lenguas y los milagros. El criterio que regula el ejercicio de los diversos carismas está formulado en 1 P 4, 10: “Que cada uno ponga al servicio de los demás el don que ha recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”.

El tema de la variedad de carismas en la unidad de la Iglesia estuvo muy presente en las reflexiones del Concilio Vaticano II. Una de las ideas centrales del Concilio es la de la comunión. Este asunto apareció de nuevo en la Cart. *Communione Notio* (28-V-1992) de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuyo capítulo cuarto se titula “Unidad y diversidad en la comunión eclesial”. Comienza con unas palabras de Juan Pablo II: “La universalidad de la Iglesia, de una parte, comporta la más sólida unidad y, de otra, una pluralidad y una diversificación, que no obstaculizan la unidad, sino que le confieren en cambio el carácter de comunión” (CN, 15). El valor positivo de la variedad fue subrayado por el entonces cardenal Ratzinger en su ponencia *Los movimientos eclesiales y su colocación teológica*, del 28 de mayo de 1998. Dirigiéndose a los obispos recordó “que no les está permitido ceder a una uni-

formidad absoluta en las organizaciones y programas pastorales. No pueden ensalzar sus proyectos pastorales como medida de aquello que le está permitido realizar al Espíritu Santo: ante meros proyectos humanos puede suceder que las Iglesias se hagan impenetrables al Espíritu de Dios, a la fuerza que las vivifica. No es lícito pretender que todo deba insertarse en una determinada organización de la unidad; ¡mejor menos organización y más Espíritu Santo!”.

Entre los diversos dones carismáticos, el Concilio habla de las llamadas “gracias de estado”, dadas a los fieles para ayudarles a vivir su propia vocación-misión en la Iglesia, así como de otros carismas relacionados con determinados ministerios y/o sacramentos, el carisma del celibato o de la virginidad, y otros dones con los que el Espíritu Santo hace posible que algunos fieles cumplan peculiares misiones al servicio de las almas. “Además, el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los misterios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1 Co 2, 11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia” (LG, 12). “Los carismas –señala el *Catecismo de la Iglesia Católica*– se han de acoger con reconocimiento por el que los recibe, y también por todos los miembros de la Iglesia. En efecto, son una maravillosa riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y para la santidad de todo el Cuerpo de Cristo” (CCE, 800).

En el seno de esta variedad de carismas, se pueden señalar algunas grandes líneas que se desarrollan en torno a los tres modos diferentes con los que los fieles participan en la misión de la Iglesia: la secularidad específica de los laicos, la ministerialidad de los pastores, y la “tensión

escatológica” de los consagrados. Durante los siglos, se ha desarrollado notablemente la reflexión teológica sobre la vida religiosa y, en buena medida, la sacerdotal, así como sobre tareas y carismas que con ellas se relaciona. Mucho menos desarrollada estaba la vida espiritual de los fieles laicos. Y, es justamente al servicio de su vocación-misión eclesial donde se sitúa el carisma recibido por el fundador del Opus Dei.

San Josemaría recordó con frecuencia la importancia de la docilidad a la acción del Espíritu, exhortando a la oración personal, en la que se perciben y acogen sus inspiraciones. Así, será posible “ser sensibles a lo que el Espíritu divino promueve a nuestro alrededor y en nosotros mismos: a los carismas que distribuye, a los movimientos e instituciones que suscita, a los afectos y decisiones que hace nacer en nuestro corazón” (ECP, 130). “Él es quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera. Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros” (ECP, 135).

San Josemaría vio muy claro que los carismas que cada uno recibe deben ser vistos con profundidad y sentido eclesiales, lo que le hizo fácil amar todos los carismas en la Iglesia y también la libertad de los cristianos, huyendo de cualquier actitud exclusivista. Al mismo tiempo señaló que los carismas que presuponen fidelidad y humildad, reclaman correspondencia y poner en juego las capacidades humanas en servicio de lo que Dios pide, de ahí que dijera que no se debe ser “milagrosos” (C, 583) y advirtiera frente a la tentación de ser “carismáticos sin doctrina” (CONV, 2).

3. El carisma fundacional del Opus Dei

La vida de san Josemaría estuvo radicalmente marcada por un hecho sobrenatural acaecido el 2 de octubre de 1928.

Desde ese día puso todas sus fuerzas al servicio de la misión que el Señor le había confiado con una “iluminación sobre toda la Obra” (*Apuntes íntimos*, n. 306: AVP, I, p. 293), según él mismo atestiguó. En aquella luz vio la esencia de la Obra como Dios la quería a lo largo de los siglos: un fenómeno pastoral y apostólico destinado a promover la santidad entre los cristianos corrientes, para los cuales el trabajo y las ocupaciones ordinarias se transformarían en medio de santificación. Una luz que le permitió ver la grandeza y las exigencias de la vocación cristiana, vivida en las entrañas de la sociedad y –de manera especial– en el trabajo profesional.

Aquella iluminación adquirió mayores matices y profundizaciones con otras luces que san Josemaría fue recibiendo en años posteriores. Las más importantes, en las siguientes fechas: el 14 de febrero de 1930, cuando Dios le hizo entender que aquel mensaje debía extenderse también entre las mujeres; el 7 de agosto de 1931 (fiesta entonces de la Transfiguración), cuando en la santa Misa –levantando la Sagrada Hostia– vino a su pensamiento una frase de la Escritura “*et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*” (Jn 12, 32), y entendió “que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas” (*Apuntes íntimos*, nn. 217 y 218: AVP, I, p. 381); el día 16 de octubre de 1931, en el que tuvo una profunda experiencia de la filiación divina que, según él mismo declaró, iba a constituir “el fundamento del espíritu del Opus Dei” (ECP, 64); y el 14 de febrero de 1943, cuando quedó configurada institucionalmente la presencia del ministerio sacerdotal en el Opus Dei mediante la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

El valor del carisma recibido por san Josemaría puede comprenderse mejor si se tiene presente que, durante bastantes

siglos, se había difundido la idea de que la santidad exigía un alejamiento de las realidades temporales, para abrazar el estado religioso, definido como “estado de perfección”. De acuerdo con ese esquema, se pensaba –al menos inconscientemente– que los laicos no podían aspirar a una verdadera plenitud de vida cristiana, sino sólo a una santidad de rango inferior. Esta postura entraba en contradicción con el hecho de que toda la Iglesia es un “pueblo mesiánico” que “tiene por cabeza a Cristo”; que pone como condición la “dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un Templo” (LG, 9); y en la que todos los fieles están llamados a “la misma santidad”, cultivándola en los múltiples géneros de vida y ocupaciones (cfr. LG 31).

En uno de sus primeros escritos, san Josemaría señala que “cuando Dios Nuestro Señor proyecta alguna obra en favor de los hombres, piensa primeramente en las personas que ha de utilizar como instrumentos... y les *comunica las gracias convenientes*” (*Instrucción*, 19-III-1934, n. 48: AVP, I, p. 576). Estas palabras, dirigidas a los primeros fieles del Opus Dei, se aplican plenamente a su persona y misión. Como fundador había recibido unas luces, un carisma, que le hacían penetrar en el misterio de Cristo con particular hondura, mostrando con fuerza los rasgos e implicaciones del espíritu que debía transmitir. El carisma fundacional –cuyo núcleo hemos recordado sucintamente–, le permitió concretamente valorar de modo particular en el misterio de Cristo aquellos aspectos que iluminan la existencia de los cristianos inmersos en las realidades seculares. En síntesis, se trata de identificarse con Cristo como:

- Hijo del Padre, contemplando con amor todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador, y cumpliendo cada cosa –también el trabajo– en el espíritu de la filiación divina y, por tanto, con todas sus caracte-

terísticas: fe, esperanza, caridad, paz, serenidad, alegría...

- Verbo encarnado, descubriendo a la luz de su Encarnación el valor de las realidades terrenas.
- Hijo del artesano, que sigue el ejemplo de su vida con la que ha revelado el valor redentor de la vida ordinaria y del trabajo.
- Sacerdote (mediador entre Dios y los hombres), transformando todo en una ofrenda agradable a Dios en virtud de la participación en su sacerdocio.
- Apóstol (enviado) del Padre, reconociéndose al cristiano un apóstol con la misión de transformar todas las realidades temporales desde dentro, para santificar el mundo como fermento en la masa.

Se puede además considerar parte del carisma fundacional la integración de estos diversos aspectos en una profunda unidad de vida, en la cual confluyen y se unen contemplación y acción, vida interior y apostolado. San Josemaría lo describió en modo sintético: "Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación –cosa que puede parecer imposible, pero que es necesaria, para contribuir a reconciliar el mundo con Dios–, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es éste un ideal noble y grande, por el que vale la pena dar la vida?" (*Instrucción*, 19-III-1934, n. 33: AGP, serie A.3, 90-1-1).

Al mismo tiempo san Josemaría entendió que el carisma recibido pedía ser vivido con naturalidad, y que no debía dispensar del empeño para adquirir una sólida formación cristiana y de ejercitarse en las virtudes humanas, entre las cuales destacaba la laboriosidad. Aspectos estos que tienen especial relieve en una espiritualidad radicalmente secular como la promovida por él.

El carisma fundacional constituye la raíz de un amplio fenómeno pastoral que desde entonces se ha ido desarrollando y

ha dado lugar al Opus Dei como "partecica de la Iglesia". Desde su origen (doble misión del Hijo y de su Espíritu), en la Iglesia todo es para la misión. Por consiguiente, en aquel carisma se pueden distinguir dos dimensiones: un mensaje, y una comunidad eclesial animada y al servicio de aquel mensaje. Las dos dimensiones –profética e institucional– están tan íntimamente implicadas, que constituyen un único evento divino, percibido por san Josemaría "en su total unidad y son llevadas a la práctica en un único movimiento de su espíritu" (RODRÍGUEZ, "El Opus Dei como realidad eclesiológica", en OIG, p. 37).

Conviene también destacar la firmeza con la cual san Josemaría supo no sólo vivir este carisma, sino también defenderlo de posibles incomprensiones, y transmitirlo. Lo atestigua el largo y complejo itinerario jurídico de la Obra, impulsado por su extrema fidelidad a la luz recibida de Dios en 1928 y por su deseo de coherencia con aquella inspiración originaria que iba gradualmente desplegando sus virtualidades. La novedad del carisma le obligó a abrir y a trazar nuevos cauces jurídicos, contando siempre con la autoridad de la Iglesia, consciente de que sólo en ella "hay garantía de verdad, y sólo en y por la Iglesia toda concreta misión cristiana puede alcanzar su objetivo" (IJC, p. 15).

Voces relacionadas: Formación: Consideración general; Iglesia.

Bibliografía: AVP, *passim*; Antonio Aranda, "El bullir de la sangre de Cristo". *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2001; Arturo CATTANEO, *La varietà dei carismi nella Chiesa una e cattolica*, Cinisello Balsamo, San Paolo, 2007; Fabio CIARDI, *I fondatori uomini dello Spirito. Per una teologia del carisma di fondatore*, Roma, Città Nuova, 1982; José Luis ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2002¹⁰ rev. y act.; *Id.*, "Datos para la comprensión histórico-espiritual de una fecha", CCEDEJ, VI (2002), pp. 105-147; *Id.*, *Existencia*

cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei, Pamplona, EUNSA, 2003; Ramiro PELLITERO, "Carisma", en César IzQUIERDO (dir.) - Jutta BURGRAFF - Félix María AROCE-NA, *Diccionario de Teología*, Pamplona, EUNSA, 2006, pp. 115-121; Antonio ROMANO, "Carisma", en Ermanno ANCILLI - Pontificio Istituto di Spiritualità del Teresianum (eds.), *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, Roma, Città Nuova, 1992², pp. 422-430; Id., *I fondatori profezia della storia. La figura e il carisma dei fondatori nella riflessione teologica contemporanea*, Milano, Ancora, 1989; Antonio SICARI, *Gli antichi carismi della Chiesa. Per una nuova collocazione*, Milano, Jaca Book, 2002; Albert VANHOYE, "Carisma", en Pietro ROSSANO et al. (eds.), *Nuevo diccionario de Teología Bíblica*, Madrid, San Pablo, 2001², pp. 282-288.

Arturo CATTANEO

CARTAS (obra inédita)

1. Hacia la preparación del ciclo de las *Cartas*.
2. La redacción del ciclo de las *Cartas*.
3. Descripción de conjunto del ciclo de las *Cartas*.
4. Las *Cartas* posteriores a 1965.

San Josemaría designó con el nombre de *Cartas* un conjunto de escritos dedicados a la formación de los fieles del Opus Dei. Dentro de ese conjunto cabe distinguir dos grupos, distintos entre sí, tanto por la fecha de su redacción como, al menos en parte, por su tono. El primer grupo está constituido por lo que el propio san Josemaría calificó en diversas ocasiones como "el ciclo de las *Cartas*": escritos destinados a exponer el espíritu y la labor apostólica del Opus Dei, tarea a la que puso punto final en 1965 y, en algún caso, en 1966. El segundo grupo, formado por escritos redactados entre 1967 y 1974, está íntimamente relacionado con la situación de la Iglesia en esos años y con la especial intensidad con que san Josemaría, consciente de que el fin de su vida terrena podía encontrarse ya cercano, afrontó la responsabilidad que en ese contexto le correspondía como fundador del Opus Dei.

De los dos grupos de *Cartas* nos ocuparemos en la presente voz, siguiendo un orden cronológico, empezando, en consecuencia, por los escritos que integran el "ciclo de las *Cartas*". Advertimos, antes de entrar en materia, que la denominación de *Cartas* proviene de san Josemaría, que acudió a ese vocablo, que tiene claras resonancias familiares, para designar tres breves *Cartas circulares* que envió en 1938 y 1939 a los miembros del Opus Dei cuando, estando cercano el fin de la Guerra Civil española, podía pensarse en redoblar el impulso apostólico. Consta además que había pensado en ese término desde comienzos de la década de 1930, con vistas a escritos provocados no por situaciones circunstanciales sino por realidades permanentes y dando a esa palabra un significado análogo al que tiene en bastantes autores de la época clásica y, después, en la tradición eclesial. Es decir, exposición detenida y detallada de un tema, o de una serie de temas relacionados entre sí, redactada con el tono propio del género epistolar, pero dirigida no a una persona determinada, sino a todo un conjunto de personas.

1. Hacia la preparación del ciclo de las *Cartas*

En los años inmediatamente posteriores al 2 de octubre de 1928, al comenzar la labor apostólica encaminada a poner en práctica la misión para la que Dios le convocaba, san Josemaría preparó algunos textos que pudieran servir de apoyo a su acción sacerdotal. Vieron así la luz *Santo Rosario* y *Consideraciones espirituales*, cuyas primeras versiones datan de 1931 y 1932.

Paralelamente advirtió la necesidad de preparar además escritos dirigidos específicamente a quienes se estaban incorporando al Opus Dei. De comienzos de la década de 1930 datan algunos pasajes de sus *Apuntes íntimos*, en los que habla de la preparación de textos que pudieran ayudar, a quienes se iban uniendo a la Obra, a

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.